

ABRIL 2020

Rusia-Turquía: un vínculo de cercanías y contrastes

Por Marcelo Montes

La crisis generada por la expansión del flagelo del coronavirus, relegó otras dos de carácter político-militar, como la iraní-norteamericana y la turco-siria en enero y febrero, respectivamente. Claramente, la segunda estuvo signada por la participación de algunos actores internacionales ajenos a los mencionados: potencias de alcance global como Estados Unidos y la reemergente Rusia, pero también regionales como Irán, Turquía, Arabia Saudita y hasta Israel, entre otras. El propósito de este artículo es describir el papel de la Federación Rusa en el conflicto sirio, particularmente desde su involucramiento aéreo en septiembre de 2015 y a la luz de tal rol, ilustrar sobre su singular relación con la República de Turquía. Lo podremos hacer desde una perspectiva que pretende cierta originalidad, al alejarse de las dos visiones habituales con las que se puede tratar tales relaciones interestatales. La aplicaremos en la parte final del trabajo, con el objetivo de hipotetizar sobre el futuro cercano.

En efecto, desde la disciplina de las Relaciones Internacionales, como no podía ser de otra manera, tanto realistas-neorrealistas como idealistas-liberales han hegemonizado las posibilidades analíticas, sobre todo, a la hora de indagar acerca de vinculaciones conflictivas entre países.

Por ejemplo, la perspectiva realista-neorrealista que enfatiza en intereses nacionales y percibe a los actores, de racionalidad materialista, suele analizar lo que ocurre en Oriente Medio post Primavera Árabe, en términos de los diferentes juegos estratégicos que los Estados involucrados en la región realizan en función de privilegiar aquellos intereses.

A modo de *racconto* de dichos juegos, Estados Unidos, habituado desde la Guerra Fría a ejercer un rol en la región a pesar de su lejanía, pretendió un “cambio de

CONSEJO ARGENTINO
PARA LAS
RELACIONES
INTERNACIONALES

Uruguay 1037, piso 1°
C1016ACA
Buenos Aires
República Argentina

Tel. +5411 4811 0071
Fax +5411 4815 4742

cari@cari.org.ar
cari.org.ar

Las opiniones expresadas en esta publicación son exclusiva responsabilidad de sus autores y no reflejan necesariamente el pensamiento del CARI.

régimen” en su vieja rival Siria, a partir de 2011 y el apoyo de Obama a la oposición a la familia al-Ásad, pero en 2016 la política de Trump fue un retiro gradual, concentrando de manera selectiva –aunque contradictoria– los esfuerzos en turcos, árabes y kurdos, aliados y enemigos entre sí, respectivamente.

Precisamente, Turquía tiene ambiciones territoriales históricas sobre el suelo sirio que se acentuaron cuando vieron la posibilidad cierta de derrumbe del régimen de al-Ásad. Tales intenciones podían ser compartidas por la familia real saudita de filiación musulmana sunita, pero obviamente la República Islámica de Irán, que ya superó 4 décadas, con los shiítas al frente, estaría al lado de sus primos, los alawitas de Damasco. Así, las intenciones geopolíticas encuentran su límite en la fragmentación religiosa y hasta la identitaria: los kurdos de Turquía pero también los de Siria e Irak, buscan plasmar el sueño del “Gran Kurdistán”, nunca antes alcanzado.

En el caso específico ruso, por ejemplo, todo puede ser interpretado en términos de oportunismo. Como buen calculador y táctico, Putin, lejos de pergeñar una estrategia especial, de largo alcance para la crisis siria, se vio movido en gran medida por el aislamiento al que fue sometida Moscú a raíz de la crisis

ucraniana. Escapar de la lógica de encierro que le impuso vía sanciones la UE y Estados Unidos a Rusia, como consecuencia de la “anexión” de Crimea, fue el gran motivador de la operación aérea quirúrgica y eficaz que dispuso el líder del Kremlin para sostener a Bashar al-Ásad en septiembre de 2015.

Gracias a semejante rápida acción, destinada a mantener las bases de Latakia (naval) y Hmeimim (aérea), sobre el cálido Mar Mediterráneo, ambas negociadas con el temible padre de Bashar –Háfez– en los años setenta, Rusia lograría dos efectos inmediatos: expulsar al terrorismo (daguestaní, osetio, ingushetio y checheno) fuera de sus fronteras y convertirse en un árbitro político y militar “escuchado, consultado y temido” en Medio Oriente, a bajo costo, comparado con el fiasco de la vieja Unión Soviética en Afganistán.

Con su involucramiento apoyando a Damasco, Moscú también generó dos señales inequívocas en términos de imágenes simbólicas.

Una fue de consumo externo, por la cual queda evidenciado que Rusia “no abandona a sus aliados”, en abierta oposición a Estados Unidos, cuya actitud para con turcos, árabes y kurdos ha sido ambigua y hasta zigzagueante. La otra fue de carácter interno: Putin, quien

ya gozaba del apoyo de los militares, a partir de acciones reivindicatorias, presupuestarias y salariales, desde la guerra contra el terrorismo checheno en 1999, logró con la exitosa operación siria una mayor legitimación en el ámbito de los generales y oficiales rusos. Hay que recordar que el desarme y la humillación moral a las que se vieron sometidos los militares durante la era Yeltsin se había agravado con la gradual marginación de Rusia de la OTAN durante la primera década del 2000: la intervención en territorio sirio puede ser interpretada como una especial “devolución de gentilezas” a la traicionera ampliación de Bruselas hacia el este europeo.

La perspectiva idealista, igualmente racionalista como la realista-neorrealista, pretende sin embargo, un abordaje más moralista. Como todo enfoque liberal, que se precia de normativista y axiológica, centrada en valores, los intereses no cuentan. Por lo tanto, la acción rusa suele ser juzgada por políticos, intelectuales y medios de comunicación occidentales “progresistas”, como *El País* de España y *The Guardian* de Gran Bretaña, por la “inhumanidad” de los raids aéreos, gaseando civiles o matando niños para defender un régimen dictatorial “atroz” como el de la familia al-Ásad. A menudo, se peca de una notoria “rusofobia” en los círculos occidentales

citados (Tsygankov, 2009). En términos de la lectura sobre Turquía y su líder (Tayyip Erdoğan), le cabe una interpretación semejante a la de Putin: se trata de un “autócrata iliberal” –pero reelecto– con una relación ambivalente con “Occidente” (Unión Europea y Estados Unidos) –no necesariamente conflictiva.

De acuerdo a nuestra visión, ambas miradas teóricas, tanto la realista como la idealista, adolecen de capacidades explicativas que permitan analizar más adecuadamente la coyuntura internacional. Una crítica valedera al realismo, por ejemplo, reside en que es inapropiado para analizar la dinámica o fluidez de las acciones de los Estados y gobiernos. El exagerado foco sobre lo macro o lo estructural, le impide observar en detalle lo que ocurre a nivel micro, evaluando, por ejemplo, la intersubjetividad. En el caso del idealismo, no posee “la caja de herramientas” teóricas para captar factores domésticos como los identitarios o las percepciones. La carga normativa que posee opera en desmedro de la indagación de otros matices relevantes. Por consiguiente, ni la crisis siria ni el papel de Rusia en ella ni su especial vínculo con Turquía, en dicho contexto, pueden ser satisfechas si se indagan desde ambas

perspectivas.

Una mirada alternativa

Para contrapesar las perspectivas teóricas citadas, demasiado inclinadas al positivismo, aparecen otras relativamente marginadas por el *mainstream* tradicional de las Relaciones Internacionales, como los enfoques reflectivistas (por ejemplo, el constructivismo y el postestructuralismo), que hacen hincapié precisamente en las imágenes mutuas de los países que se construyen socialmente al igual que sus percepciones, incluyendo las de sí mismos (Wendt, 1992).

Estas teorías permiten así estudiar, factores domésticos, y por ende la posibilidad de cambio, que no es tan distante en el tiempo, como en el paradigma realista. Para ello, debe estudiarse la conducta y el peso de la élite y cómo ella opera influyendo sobre la opinión pública. En el caso ruso, vale la pena indagar acerca de dos tradiciones identitarias que influyen sobre la política exterior postsoviética.

Una de ellas es el eurasianismo, defendida por el profesor universitario Aleksandr Dugin y sobre todo, los militares. La otra es el nacionalismo moderado, identificada con el propio putinismo. Tanto el canciller Lavrov como la comunidad de inteligencia (los ex camaradas del Presidente),

sostienen esa tradición (Marcú, 2007).

Para los primeros, Rusia tiene el derecho a pertenecer a una especie de “Eje de los Excluidos”, contra hegemónico a “Occidente”. Para Dugin, la crisis siria detona una gran oportunidad para oponerse a Estados Unidos, a través de una alianza militar-cultural con el mundo musulmán selectivo. A Rusia no le satisface solo ocupar el vacío dejado por Estados Unidos en Medio Oriente: debe enfrentarlo y expulsarlo de allí.

En cambio, el putinismo concibe un enfoque mucho más político y por ende, pragmático. La finalidad de Rusia, es recuperar protagonismo en la región, pero incluyendo una cooperación selectiva con actores hasta disímiles como Estados Unidos, Irán, Turquía, Israel y los kurdos. El propio retiro de Estados Unidos, no deseado ni provocado por Rusia, deja problemas irresueltos como la cuestión kurda, que tampoco son beneficiosos para el Kremlin.

Relación histórica entre Turquía y Rusia

Las tradiciones identitarias son previas a los intereses, porque atañen a la configuración de mapas mentales sobre qué y quiénes somos y cómo vemos a los demás, influidos por nuestros contextos culturales.

Indudablemente, incluyen la historia de nuestras relaciones, por ejemplo, las forjadas entre naciones.

En el caso de Rusia y Turquía, hay que recordar y subrayar un común denominador: a diferencia de la mayoría de los países de Europa, han sido a lo largo de sus miles de años de evolución Imperios, y solo en tiempos recientes, Estados-Nación. Ambos de manera muy tardía, en el siglo XX: Turquía desde los tiempos de Kemal Atatürk en la década del 30 y la Federación Rusa en los últimos 29 años.

Asimismo, entre ambos Estados, ha habido una suerte de espejo o imán especial, sobre todo desde Turquía hacia Rusia: a menudo los turcos han seguido muy de cerca las modernizaciones sucesivas que aplicaron los Zares rusos en los siglos XVIII y XIX, para intentar emularlas. Un efecto parecido han imitado los rusos obsesionados con la brecha de desarrollo y nivel de calidad de vida respecto a los europeos.

Yendo a la relación especial entre turcos y rusos, debe mencionarse sus 13 guerras en el pasado, ocho de las cuales fueron ganadas por los segundos. No obstante, para Rusia no se guardan buenos recuerdos de la guerra de Crimea (1853-1856), precisamente porque a partir de allí, se visualizó una conducta turca habitual, en especial aliándose con los europeos en contra de

Moscú. Las crisis de los Balcanes, previas a la Primera Guerra Mundial, incrementaron ese recelo ruso con los turcos.

En las dos Guerras Mundiales, ambos Estados tuvieron posicionamientos diferentes, casi siempre en bandos opuestos. En la Guerra Fría, a partir de 1952, la entrada de Turquía a la OTAN enfrentó visiblemente a turcos con soviéticos, pero el decisivo papel que le cupo a Ankara apoyando a Estados Unidos y muyahidines en la guerra de Afganistán, una especie de Vietnam para la vieja Unión Soviética, alejó definitivamente a los rusos.

En los años 90, existió un marcado paralelismo histórico entre Turquía y Rusia. Ambas vivieron la globalización reinante de una manera semejante, transformando sus economías proteccionistas y socialistas, en pro-mercado, respectivamente, readecuándose de manera mutua. Turquía se convirtió en el sitio de turismo ideal para rusos y hubo un comercio bilateral creciente. También se dieron allí circunstancias especiales inéditas: por ejemplo la reconciliación turco-siria, aunque Turquía mantuvo una relación de rivalidad marcada con Israel, aún siendo ambos aliados militares de Estados Unidos. A su vez, Israel receptó muchísimos ex soviéticos, por lo que la comunidad rusa

alcanzó el 20% de la población de aquel país y se inauguró así una etapa de gran e inédita concordancia entre Moscú y Tel Aviv.

Estos pequeños factores se fueron sumando a otros que contrapesaron aquellos de acercamiento: por ejemplo, en tiempos de Yeltsin, aún sin que Ankara despierte recelos al estilo de los actuales, persistió una enorme desconfianza rusa con el sueño de restauración de un “Mundo Túrquico”, especialmente en el sur del espacio postsoviético, no solo por el viejo conflicto azerí-armenio desatado en el final de la vieja URSS. También generaba recelo la competencia con los turcos por la influencia en Estados centroasiáticos, donde Moscú competiría a partir de 1996 (Baev, Kirişci, 2017).

Giro del nuevo milenio

En términos identitarios, tanto en Turquía como en Rusia hubo un repunte del eurasianismo, aunque tanto el turco como el ruso son muy diferentes, en gran medida, porque el “otro” de cada uno de ellos, pero también la interpretación histórica de ambos y las sugerencias de alineamientos en política exterior, son distintos (Baev, Kirişci, 2017).

Un segundo elemento a tener en cuenta para explicar por qué hubo un intento sustancial de giro en la relación entre Ankara y Moscú, es la

afinidad de los dos nuevos gobernantes con los que inauguraron el nuevo milenio, turcos y rusos: Tayyip Erdoğan y Vladimir Putin, respectivamente. Al tratarse de líderes nacionalistas, pero populares, conservadores y bastante decepcionados con “Occidente” (UE y OTAN), ambos lograron construir una relación personal, cimentada a partir de tales afinidades, a pesar de las diferencias culturales entre los contextos turcos y rusos.

Estos factores, más el “boom de las *commodities*” llevaron a la relación ruso-turca a una especie de auge hacia mediados y finales de la década del 2000. Habría una circunstancia, alentada por la propia Washington, que quebraría esta suerte de idilio en la relación bilateral.

En efecto, la “Primavera Árabe” en 2011, afectando de modo dispar pero violento a Siria, Egipto, Libia, Egipto, Qatar, Túnez, etc., fue la primera gran fricción entre Erdoğan y Putin. Hubo otras diferencias, como el antiterrorismo, el negocio del gas y el rol de los militares, pero fueron de menor envergadura.

Desde 2015 en adelante, la relación bilateral transitó la ambigüedad alternando con el deterioro gradual, a pesar de los esfuerzos presidenciales por no tensionarla. Tanto el

asunto Crimea, como Nagorno-Karabaj, el episodio del avión ruso, el crimen del Embajador Kárlov, la defensa acendrada de Damasco por parte de Rusia, etc., afectaron el vínculo entre Ankara y Moscú. No obstante ello, hubo algún reacomodamiento turco al percibir la salida norteamericana y la mayor gravitación rusa en la crisis siria. Esto le permitió a Turquía, a partir de 2018, formar parte del Trío de Sochi (con Irán y Rusia) pero este formato inesperado sigue sonando complejo y frágil dadas las ausencias norteamericana y árabe (Baev, Kirişci, 2017).

Nuestras hipótesis

A modo de corolario, podemos formular algunas conjeturas preliminares que permitan avizorar el futuro mediato. En primer lugar, cabe esperar en el corto y mediano plazo, una situación de *statu quo* y conflicto híbrido en el territorio sirio.

Luego del cerco y bombardeo del último bastión terrorista (Idlib) en territorio sirio, incluyendo al ejército turco, a fines de febrero pasado, las tensiones (posibles) entre Rusia y Turquía no escalarán, sin embargo, al grado de una guerra que a nadie conviene.

En términos de racionalidad estratégica, los militares turcos no perdonarán a Erdoğan si los arrastra a una derrota en solitario, aún cuando haya concretado sucesivas purgas sobre ellos.

La desconfianza mutua entre Ankara y Moscú continuará aunque no impedirá negocios. Los intereses comerciales pueden mantener una línea equidistante con la política y el plano militar. La diplomacia seguirá jugando a favor y tanto los encuentros entre Presidentes y entre Cancilleres continuarán.

En segundo término, Turquía preservará su dificultoso aunque provechoso rol en la OTAN, pero sabe que ni Trump (en año electoral) ni la UE (con drama humanitario provocado) lo apoyarán solo retóricamente.

Tercero, Rusia mantendrá su papel de árbitro en la región y ello es decisivo en el esquema de mantenimiento en el poder de Putin. Liderar una mesa con Estados con intereses incluso antagónicos como Turquía, Irán, Arabia Saudita e Israel, incrementa el activo simbólico de Putin, disimulando los déficits domésticos vinculados a la vulnerabilidad de la dependencia petrolera.

Cuarto, Irán seguirá siendo un contrapeso para el rol que pretenden los turcos. La crisis siria es otra gran ventana de oportunidad para Rohaní y la propia Hezbollah, como lo fue para Putin.

Finalmente, al-Ásad conservará el poder y la unidad de su país pero tendrá que definir formato más unitario o federal –cuestión

kurda, que preocupa a iraníes y turcos. Rusia ayudará a la reconstrucción del país, esperando ser más exitoso de lo que fue Estados Unidos con Irak y Afganistán en la pasada década.

Estas hipótesis se verán reforzadas mientras las situaciones internas de cada país se mantengan y la crisis global del coronavirus nos prepare a todos para un cuadro general más bien conservador, donde nuevas dosis de incertidumbre no serán bienvenidas.

Fuentes de consulta:

BAEV, Pavel, KIRIŞCI, Kemal, An ambiguous partnership. The serpentine trajectory of Turkish-Russian relations in the era of Erdoğan and Putin, Turkey Project Policy Paper, Number 13, September 2017.

MARCU, Silvia, La geopolítica de la Rusia postsoviética: desintegración, renacimiento de una potencia y nuevas corrientes de pensamiento geopolítico, en Scripta Nova, Revista Electrónica de Geografía y Ciencia Sociales, Universidad de Barcelona, Vol. XI, núm. 253, 1 de diciembre de 2007.

TSYGANKOV, Andrei, Russophobia: Anti-Russian Lobby and American Foreign Policy, Palgrave MacMillan, 2009.

WENDT, Alexander, Anarchy is what States Make of it: The Social Construction of Power Politics, International Organization, 6(2), 1992.

Para citar este artículo:

Montes, Marcelo (2020), "Rusia-Turquía: un vínculo de cercanías y contrastes" [disponible en línea desde abril 2020], Serie de Artículos y Testimonios, N° 156. Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales. Dirección URL: <http://www.cari.org.ar/pdf/at156.pdf>